

**Nicolas Freeling**



**POR CULPA  
DE LOS GATOS**

Bloemendaal aan Zee, esa pequeña ciudad costera presumiblemente próspera, tiene más televisores *per cápita* que en ningún otro lugar de Holanda. Incluso sus borrachos son educados, sus casas uniformemente ordenadas y relucientes. Pero hay algo muy malo con los jóvenes. Los adolescentes más populares han formado una pandilla que está cazando, con creciente maldad, en las cercanías de Ámsterdam: el territorio del inspector Van der Valk. Van der Valk no tiene amor por la fría y yupidizada, Bloemendaal. Pero su curiosidad es tan voraz como su apetito por la buena comida. Y mientras sus colegas solo quieren que se detengan los ataques, Van der Valk no puede dejar de preguntarse qué está pasando en una ciudad que ha convertido a los jóvenes de Bloemendaal en monstruos.

*Todos los personajes y situaciones que se describen en este libro, sin excepción alguna, son completamente imaginarios, al igual que la ciudad de Bloemendaal aan Zee. Donde se hiciera una referencia incidental a una persona u organismo oficial que realmente existiera, tales como el Procurador General en Ámsterdam o la Jefatura del Departamento de Moral infantil de la Policía de la misma ciudad, no tiene conexión con la misma ni se pretende ridiculizarla.*

## CAPÍTULO PRIMERO

Una ciudad costera en Holanda; unos sesenta mil habitantes tal vez. El Ministerio del Interior debe de conocer la cifra exacta. Casas de ladrillo; pavimentos adoquinados en las calles; mucho vidrio y mucho cemento; bloques modernos, grandes y nuevos, gratos a la vista en su mayor parte, de líneas altas y aiosas, en espiral o en parábola.

Algunos de ellos no carecen de arrogancia en su fealdad. La impresión general que producen es de homogeneidad, seria, duradera, habitable, pero imaginativa. Es una ciudad nueva, orgullo de la arquitectura holandesa y de su planificación.

Se construyó para albergar parejas de recién casados que anhelaban espacio vital.

Situada en las cercanías de la zona industrial que circunda el Canal del mar del Norte, la mayor parte de sus ciudadanos son técnicos experimentados o directivos de reciente ascenso, muy ufanos de sus complejísimos negocios en Velsen o Boverwijk. El transporte no deja nada que desear: hay trenes cada media hora para Ámsterdam, Zaandam y el Sur, pasando por Haarlem.

La mayor parte de las mujeres solteras —e incluso muchas de las casadas— trabajan en la industria ligera de la propia ciudad: plásticos, galletas y ropa interior. Para resumir, puede decirse que Bloemendaal es una ciudad simpática, aunque poco importante.

Asegurar que carece de personalidad sería pecar de injusto. La ciudad es tan nueva que todavía está inmadura y

algo pagada de sí misma. Una ciudad bañada por el sol y azotada por el viento; el aire procedente del mar del Norte sopla sobre ella de modo incesante, filtrándose por la espesa maraña de los pinares y arrastrando enormes masas de arena, una arena finísima, plateada e insidiosa, que cubre las calles pavimentadas y penetra en los edificios.

Las amas de casa de Bloemendaal se hallan en estado de guerra permanente con la arena. Los aspiradores de polvo no cesan de zumbar, coléricos y, sin embargo, al día siguiente, la arena vuelve a hacer acto de presencia, tenaz e indómita.

Los habitantes de la nueva ciudad son también muy modernos y se sienten orgullosos de sus flamantes hogares. Casi todos éstos muestran como motivo ornamental los clásicos juguetes barnizados, la flor y nata del Euromarket. Una de cada dos tiendas vende costosísimos artilugios eléctricos y una de cada tres, automóviles —y no precisamente «Volkswagen» y «Dauphinetjes», sino «Mercedes 220» y «Citroëns DS»—. Se asegura con legítimo orgullo que Bloemendaal aan Zee es el lugar de Holanda donde se da el mayor porcentaje de aparatos de televisión *per capita*.

¿Será a causa de este desmedido afán por lograr la máxima comodidad hogareña por lo que la playa aparece un tanto descuidada, casi subdesarrollada? ¿Es que esos sibaritas se muestran reacios a invertir dinero en todo aquello que no afecta de modo directo a su propio confort?

Casi obligan a uno a creerlo así y, no obstante, la playa es soberbia. Forma parte de la magnífica ribera que se extiende desde Den Helder hasta Hook, con una costa tachonada de típicos lugares marineros. La ribera queda cortada en dos en IJmuiden por el Canal del mar del Norte, que lleva el agua salada hasta Ámsterdam, tras cercenar, como es bien sabido, la antigua provincia septentrional.

*Pays perdu*, clamaban sus habitantes, enfurecidos; pero cuando se fundó Bloemendaal, se franqueó la barrera del

canal. En primer lugar, se abrió el túnel de Velsen; luego, el de IJ y, por último, se inauguró un magnífico complejo para remplazar el Hembrug y llevar el tráfico rodado, así como también la línea férrea por encima del canal. Obras maestras de la ingeniería neerlandesa, gloria de Holanda. La tierra vieja se redescubrió a sí misma.

La consecuencia irremediable fue que todas aquellas ciudades diminutas y somnolientas duplicaron su tamaño. Wijk aan Zee, Castricum, Uitgeest...

Pero Bloemendaal es completamente nueva; antes, no había allí más que arena y hierba de las marismas. El Ministerio del Interior no permite ahora que crezca más; quien vive allí ha de considerarse pues afortunado. Es como si le hubieran colocado la banda del vencedor. A decir verdad, Bloemendaal no tiene necesidad de turistas ni de excursionistas, y hasta los mira con gesto despectivo. Mas, a pesar de una vociferante minoría en el Concejo Municipal, la playa ha quedado deliberadamente subdesarrollada.

Hay que reconocer que dispone de un hotel amplio y acogedor y que su industria atrae a multitud de compradores alemanes. También posee el «Zonnehoeck», lo más parecido a un casino que puede permitirse la Holanda puritana, con un restaurante grande y caro, aunque no excesivamente bueno, así como una piscina cubierta y otra al aire libre. Aquí se dan conciertos, se organizan exposiciones artísticas, festivales de jazz, bailes y funciones de teatro, lo que ha convertido a su propietario en un potentado que es, al propio tiempo, quien más grita en toda la minoría del Concejo que pide más diversiones y atracciones para la ciudad. Sin embargo, para la generación joven, Bloemendaal resulta bastante aburrida.

Ámsterdam se halla a sólo media hora de tren, pero convendría tener también aquí algo que interesa a la juventud. En el malecón marítimo, entre los altos bloques de viviendas, hay muy pocas atracciones. El «Cine Rembrandt», el «Restaurante Cormorant», con sus típicos platos marine-

ros y algunos pequeños bares muy elegantes. En la ciudad, hay varios locales donde pueden degustarse maravillas culinarias indonesias y chinas, y varias horchaterías donde también se expenden platos combinados holandeses: croquetas, loempias y patatas fritas con mayonesa.

La Admiral de Ruyter Plein, donde la Zeestraat desciende hasta fundirse con la diminuta calle cubierta del centro de la ciudad, es conocida localmente con el nombre de «Fritejesplein», a causa del delicioso olor a patatas fritas, que se mezcla con el del aire de la playa, salino y corrosivo. Y la playa está allí; de eso no hay duda. Nadie se atrevería a llevársela. Para llegar a ella no hay más que cruzar el bulevar. Todas las tiendas de la Zeestraat y de la Oranjestraat venden gafas oscuras y lociones contra las quemaduras solares.

Pero la generación joven considera todo eso muerto y, en invierno, decididamente tétrico, opinión en la que, secretamente por supuesto, abundan también los mayores.

Esta coincidencia de opinión ha dado el éxito más resonante a uno de los pocos lugares en los que reina siempre la animación y la alegría. En la esquina del bulevar con la Oranjestraat se halla el «Ange Gabriel». Los holandeses suelen llamarlo «Het Engeltje», o sea *el Angelito*. El diminutivo es cariñoso; el edificio, largo, estrecho y bastante espacioso. El extremo más angosto da frente al mar; viene a ser una torre esbelta, con ventanas en los tres lados. En la planta baja, la torre es una horchatería o «ice-cream saloon», la más popular entre la gente joven de Bloemendaal, ya que cuenta con una galería de tiro al blanco y dispone de los discos más recientes. En el piso de arriba están los billares y en el inmediato superior, la vivienda del propietario.

Pero el verdadero «Ange Gabriel» para los adultos se encuentra en el edificio adyacente, en la Oranjestraat. Aquí hay un bar bueno de verdad, con fuego de troncos en el invierno; en su pequeño restaurante, el servicio es delibera-

damente lento, pero dispone de cocina francesa, la mejor de Bloemendaal sin duda alguna. Cuenta con un pianista silencioso y nostálgico y, en los fines de semana, con un alegre conjunto de jazz y una alemana bastante atractiva que canta blues. El propietario conoce bien su negocio. Es un auténtico club. Para los asiduos está abierto hasta las cuatro de la madrugada, pero después de medianoche se escruta a todos los rezagados a través de una mirilla y se les pone de patitas en la calle, a menos que sean conocidos de Hjalmar y éste autorice su permanencia.

Sí, su nombre es realmente Hjalmar. ¿De dónde procede? Nadie lo sabe con certeza. Tal vez de Noruega, pero habla holandés sin el menor acento extranjero. Quizá sea septentrional y lleve en sus venas algunas gotas de la exótica sangre de algún marinero de Groningen. Hay en él algo, apenas perceptible, de extranjero; pero estuvo trabajando en Hamburgo, en el negocio de clubs nocturnos... Quizá sea eso. Fue uno de los primeros en establecerse en Bloemendaal. Tuvo una pequeña *boite* en la Thorbeckplein, en Ámsterdam, pero el local resultaba demasiado reducido; lo contrario que el alquiler. Aquí, había logrado el triunfo que anhelaba, sin el menor asomo de duda.

Todas las personalidades de la ciudad son clientes asiduos del «Ange Gabriel» y, en el establecimiento inmediato, los hijos y las hijas de esos personajes despilfarran, al igual que sus empingorotados progenitores, tiempo y dinero. Pero, allí, todos los tenderos de Bloemendaal hacen su agosto.

La renta *per capita* de los habitantes de Bloemendaal es muy superior a la de cualquiera otra ciudad holandesa, por término medio. Las casas se hallan atractivamente dispuestas, están pintadas en tonos alegres y amuebladas con excelente gusto, en calles amplias y con buenas vistas. Sus habitantes son gente activa, emprendedora y educada. Las escuelas están muy bien equipadas y un número sorprendente de niños que han adquirido en ellas sus primeras no-



ciones de sabiduría pasan luego a los Colegios Mayores, técnicos o profesionales, o a las Universidades. Aquello es —como suele escucharse en los pasillos del Ministerio del Interior— una auténtica creación, una ciudad de la que todo holandés debe sentirse orgulloso. No hay duda de que muchos de nuestros futuros líderes están educándose en la actualidad en Bloemendaal.

La Policía encaja aquí perfectamente en el cuadro. Sus agentes son más altos y mejor parecidos que en cualquiera otra parte; sus uniformes están mejor planchados y su holandés es infinitamente más puro. La Comisaría es amplia, espléndida y tan sosegada como un convento de monjas, ya que, como es lógico, apenas se cometen delitos, aunque sería más correcto decir que se producen pocos disturbios, puesto que todo el mundo conoce perfectamente a los hombres de negocios deshonestos que practican la estafa y logran imaginar los fraudes más ingeniosos. Pero, en las calles silenciosas, las esposas de los vecinos jamás gritan ni discuten y todos los borrachos se conducen con gran corrección. Las riñas de café son desconocidas y por completo y los robos con fractura y allanamiento constituyen una rareza, aunque los «duros» de Mokum, la pecadora ciudad de Ámsterdam, se han sentido tentados muchas veces a operar allí atraídos por la seguridad del copioso botín.

Quedan, hay que confesarlo, algunos mozalbetes que se dedican a hurtar cosas ridículas en las tiendas, por mero capricho, desde luego, tales como cacerolas y combinaciones de encaje. También disfrutaban haciendo carreras en automóviles ajenos. Pero la Policía se encoge de hombros ante todo eso. Se trata de muchachos bien educados; no son niños indigentes ni abandonados. No tienen más remedio que quemar energías de cuando en cuando. Los delitos sólo los cometen los ineducados, los que carecen de todo.

¿Por qué, entonces, la Policía de Ámsterdam hubo de convertir Bloemendaal en centro de sus actividades?

El comisario Boersma, gordo, sedentario e inteligente, procedente de Friesland, es el jefe del departamento denominado «Zeden-en-kinder-Politie», término holandés para designar a la Policía encargada de velar por la moralidad infantil. Prende un fósforo y aspira irritado el humo de su cigarro, al mismo tiempo que se retrepa en su butaca, equilibrándola sobre dos patas.

—Eso parece una tomadura de pelo. ¿De dónde proceden esos chicos? —exclama.

En una esquina de la mesa, el inspector-jefe Van der Valk, cabizbajo, con las piernas cruzadas y cómodamente arrellanado en un sillón, escupe pensativamente en el cesto de los papeles.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclama el comisario—. No vuelva a hacer eso. Este no es el despacho de la policía de Zwinderen. Procure no olvidarlo.

Van der Valk no se molestó en contestar a este exabrupto; por otra parte, no tenía nada que decir. El viejo Boersma podía pecar de pomposo y de testarudo, pero era un excelente policía y ambos se llevaban perfectamente.

Su ascenso era reciente, así como también su traslado a esta nueva sección. Le había sorprendido el nombramiento, pero se dijo que sus superiores debían saber lo que se hacían. No podía quejarse, desde luego, pero aquello significaba para él una labor totalmente desconocida, a la que aún no había logrado habituarse.

No sólo había aprobado los exámenes, sino que también había conseguido un diploma especial. Pero eso de nada le servía para entendérselas con jovenzuelos. Como ahora empezaba a darse cuenta, en esta sección policíaca no existían normas escritas. Había que tratar cada caso de un modo particular y tocar de oído. Esto le agradaba. Enfrentarse a menores requería paciencia y calma. Amigable y parlanchín, bromista e indolente, hábil para atraerse la con-

fianza de los demás, realizaba su tarea a la perfección y hasta disfrutaba con ella.

Pero en los últimos seis meses había surgido algo que preocupaba hondamente a Boersma y que estaba cristalizando poco a poco en un caso totalmente insólito: una pandilla que no se asemejaba en absoluto a ninguna otra.

A la Policía dedicada a la represión de la delincuencia juvenil no le agradan las pandillas. Claro que, antes o después, los componentes de la pandilla caen en sus manos y eso marca el principio de una larga serie de líos. Cometan desafueros absurdos y roban cosas que tiran después; son de una insensata brutalidad y, a veces, ingeniosamente crueles. Parecen disfrutar de lo lindo mostrándose soeces con personas completamente inofensivas. Arrojan cuchillos, botellas y cualquier clase de objeto contundente con fuerza y excelente puntería, pero si alguien repele la agresión y uno de esos angelitos resulta herido, la Prensa liberal se apresura a destacar el suceso con enormes titulares. Es posible que esto agrade mucho a los psiquiatras; a la Policía, no.

La diferencia entre esta pandilla y otra que había proporcionado muchos dolores de cabeza a Boersma era que su modo de conducirse era similar a la de cualquiera otra, pero su táctica revelaba profesionalidad. Esta pandilla se había especializado en el desvalijamiento de pisos; es decir que, cuando no había nadie, lo revolvían todo, destrozaban los muebles y robaban cosas de poco valor. Quizá tuvieran una suerte insolente, aunque también cabía la posibilidad de que se tratara de gente bien dotada intelectualmente. Después de su paso, no dejaban la más mínima pista que permitiera averiguar su procedencia.

Las pandillas suelen poseer el instinto de la autodestrucción, puesto que acostumbran a exhibir su botín para demostrar su inteligencia o su habilidad. Esta no dejaba huellas (era su nota característica). Había en ella mucho de in-

fantil y, sin embargo, la policía no había conseguido apresarla.

Se montó un servicio especial que cubría toda la ciudad de Ámsterdam y que dio óptimos resultados. Dos pandillas de notorios merodeadores fueron desarticuladas y sus componentes, aprehendidos. Llovieron felicitaciones sobre los agentes encargados de velar por la seguridad y el orden.

Pero, tres días después de un juicio (al que se dio enorme publicidad) de veintitrés delincuentes, con una feroz peroración del fiscal, acompañada de una diatriba —salpicada de acíbar y de frases dignas de esculpirse en piedra— del Juez del Tribunal Tutelar de Menores, se produjo una gran desilusión, ya que nada menos que tres apartamentos, en una de las calles más señoriales de las inmediaciones del Beatrix Park, fueron violentados, llevándose los ladrones algo menos de mil florines en dinero contante y sonante, dos aparatos fotográficos y un anillo de diamantes. Además, causaron una incalculable cantidad de desperfectos.

—Se están burlando del fiscal —clamó Boersma—. Esas sentencias carecen de efecto práctico... Reeducar no es ningún sucedáneo de educar. Hay que dividir la condena en dos partes y hacer que los hijos cumplan una, y los padres, la otra... Tal vez se lograra entonces un resultado positivo.

Van der Valk había estado en el lugar de autos y pudo comprobar que se trataba de un caso lamentable, algo que se apartaba por completo de lo usual y también insólitamente importarte. Por vez primera, existía un auténtico testigo ocular. En realidad, habían sido dos: marido y mujer; un matrimonio agraciado, simpático y en buena posición, ambos cuarentones: el blanco ideal para esta clase de delincuentes. Habían salido, pero regresaron a casa a primeras horas de la noche, porque al marido le dolía el estómago.

—Parecía que había pasado un tifón o algo por el estilo. No había nada en su sitio. Todo estaba revuelto... Mi espo-

sa comenzó a gritar y yo eché a correr hacia la alcoba. Entonces, se abalanzaron contra nosotros. Tuve la impresión de que había varias docenas, pero, en realidad, no eran más que cinco. Pude apreciarlo así cuando nos hubieron atado y amordazado con medias de nylon. Llevaban trajes ordinarios que podría describir perfectamente. Pero, con eso, sólo lograría aumentar su confusión, inspector, ya que no había en ellos nada de particular. Se cubrían el rostro con caperuzas negras, provistas de orificios para los ojos y con una hendidura en el lugar correspondiente a la boca. Un disfraz efectivo, idóneo para asustar a cualquiera. No me importa admitir que no ofrecí mucha resistencia, aunque tampoco me dieron la menor oportunidad.

Otra cosa que hacía el caso importante, y desagradablemente grave al propio tiempo, era que la mujer había sido violada. Actualmente, se hallaba en una clínica, restableciéndose de la impresión.

Van der Valk contempló el rostro de la mujer, enmarcado por rubios cabellos, una faz algo estúpida, pero agradable, que debió de ser preciosa otrora y que aún resultaba atractiva. Adivinó que el cuerpo haría juego con la cara. Poseía dotes retentivas y su relato, a pesar del *shock*, fue bastante lúcido.

—Encontraron un cajón lleno de medias viejas... Ya sabe usted cómo se amontonan. Nos ataron con ellas y nos arrojaron al suelo. No pudimos defendernos ni resistirnos. Tampoco nos fue posible movernos, ya que nos bajaron los abrigos hasta los codos.

»Parecían tranquilos, sin prisa... Lo revolvieron todo, despojaron de la cartera a mi marido y, ya se disponían a marcharse, cuando uno de ellos dijo: "Esta mujer no está mal, ¿eh? ¿Vamos a *trincarla*?". Otro de ellos respondió: "A los gatos no les hará gracia". Los otros se echaron a reír, como si se tratara de un chiste. No sé qué querían decir con eso... Luego, hicieron lo que había propuesto el primero.

—¿Todos ellos?

—Sí, todos. Afortunadamente, no tardaron mucho... Fue una suerte, después de todo.

—Muchas gracias por su información. No quiero molestarla más.

El marido confirmó la declaración de su esposa.

—¿Qué me dice de los gatos?

—Pues, verá... Aludieron a ellos sonriendo, pero como si se tratara de algo serio al mismo tiempo. No sé si me explico bien.

—Desde luego que sí... Es una observación muy sagaz.

Van der Valk desconfiaba de los testigos excesivamente observadores, ya que suelen sentir debilidad por inventar cosas.

—Permítame subrayarle —añadió el interrogado sin alzar la voz—, que cuando uno está inmovilizado por ataduras mientras, apenas a dos metros de distancia, un grupo de facinerosos se dedica a violar a su propia esposa, los detalles se graban en su memoria de manera indeleble.

—Excelente respuesta —apuntó Van der Valk, sin perder la imperturbabilidad—. ¿Recuerda algún otro detalle? Pueden ser preciosos.

—Pues, sí... Sus voces. Hablaban —¿cómo podría expresarlo?— como hijos de buena familia. Tal vez le parezca extraño, pero así es... Me atrevería a jurar que no eran golfillos de la calle, sino chicos educados. No les oí pronunciar una sola palabra malsonante. Además, no hablaban con acento de Ámsterdam.

—¡Vaya, vaya! Ese dato puede ser importantísimo.

—Sin embargo, debo añadir que no podría identificar a ninguno de los malhechores.

—Lo extraño sería que hubiera podido hacerlo. Tal vez un Tribunal no aceptara ese detalle como prueba testifical o pieza de convicción, pero a nosotros nos será de gran ayuda. Esté seguro.

El viejo Boersma tocaba el cielo con las manos. Sacudió la pipa contra el enorme cenicero con tal fuerza que la rompió y se quedó mirando los trozos haciendo un terrible esfuerzo de voluntad para contener su irritación.

—¡Una violación! —exclamó por fin—. ¡Maldita sea! ¡Lo que nos faltaba! Esto exige la aplicación de su saber y de su experiencia, Van der Valk... ¿Me está escuchando? ¡Sáquese esa cerilla de la boca! ¿Cuándo empezará a actuar?

—¿Recuerda que usted mismo me dijo que le gustaría que esta pandilla fuese ajena a la ciudad?

—Sí. Lo he comprobado de modo exhaustivo. Todos están de acuerdo en que no son de aquí. Ahora bien, ¿de dónde pueden venir?

—¿Qué opina usted?

—No tengo una idea concreta. Esos chicos pueden proceder de Haarlem, de Hilversum, de Zaandam, de Bussum, de Purmurend...

—¡O de esa maldita Bloemendaal!

—¿Por qué Bloemendaal? Los chicos de allá son orgullosos, pero bien educados. Tengo entendido que hasta volcar adrede un cubo de basura se considera allí delictivo. Marcousis asegura que una pandilla de esas características no habría podido pasarle inadvertida... Admito que Marcousis es un estúpido y que Rademaker no lo es, pero yo iniciaría la investigación en Haarlem.

—¡Sería absurdo! —masculló Van der Valk—. Cinco muchachos, bien educados según las informaciones recibidas, violan a una mujer uno tras otro, con toda calma y sin pronunciar una palabra, salvo ese comentario, estúpido al parecer, de que «a los gatos no les haría gracia» o algo similar... Eso casi induce a suponer que se trata de aficionados al jazz, ¿no?

—Lo que resulta indudable es que eso no lo ha hecho ninguna de las pandillas de rateros que solemos tener aquí.